366

LA NOVELA CORTA

20 cts.

EL REY CASAMENTERO

DIEGO SAN JOSÉ

N.º 366
Año VII

LA NOVELA CORTA

DIRECTOR: JOSÉ DE URQUÍA

Madrid 9
Dic. 1922

ADMINISTRACIÓN: MADRID.—CALVO ASENSIO, 3. — APARTADO 8.008. — TELÉFONO J-824

FLIRT

REVISTA GALANTE

De entre todas las Revistas galantes hasta el día publicadas en España, FLIRT se destaca brillantemente por haber purificado las ligerezas de la literatura galante con el prestigio de sus colaboradores, los más altos prestigios de nuestra intelectualidad:

Linares Rivas.-Alberto Insua.-«El Caballero Audaz».-Emilio Carrere.-Cristobal de Castro.-Pedro de Répide.-Pérez Zúñiga.-Belda.-García Sanchiz Díez de Tejada, etc... Federico Ribas.-Penagos Tevar.-Antequera Azpiri, etc.

Para avalorar aun mas esta publicación, y revestirla de toda la delicadeza y todo el interés, y toda la gracia galante de las grandes publicaciones mundiales de este género, como «La Vie Parisienne» y otras, publicamos esta Revista **a todo color**

Diríjase la correspondencia a PRENSA POPULAR -Madrid, Calvo Asensio, 3.-Apartado 8.008

SUSCRIPCIÓN: MADRID, PROVINCIAS Y AMÉRICA, SEMESTRE, 8 PESETAS.-AÑO 15 PESETAS

TODOS LOS JUEVES **FLIRT** **30 cts.**

EL REY CASAMENTERO.

Compuesto por Diego San José.

ILVSTRACIONES DE MELENDRERAS.

CAPITVLO I.

ANCHVROSA que remedaba la sacristía de alguna famosa catedral, era la estancia y todo el empaque severo que de ordinario se halla en tales lugares, reflejábase en el mobiliario de estotro recinto.

Allá en el fondo, un enorme velón de Lucena reververaba la luz de sus ocho mecheros sobre la monda y reluciente calva de un anciano que muy ensimismado inclinábase sobre unos planos que a lo que a primera vista parecía eran de fortificaciones.

Acudía de vez en vez a unas notas manuscritas que tenía a una parte y tornaba a los mapas.

Un viejo lebrel, a sus pies tendido, dábale calor y hacíale ofrenda de fidelidad. Fuera, la lluvia y el viento, (que la noche era una muy

cruda del mes de Noviembre), azotaba sin piedad las vidrieras y ventanales.

De una lejana torre trajo el eco el acorde de nueve sonoras campanadas. Al caer el sonido dentro de la severa estancia no parecía sino que las horas iban a cobijarse al calor del estudio.

La luz del velón, muy clara en la parte que tomaba bajo su imperio, buscaba la silueta de los muebles más próximos y en fantasmales proporciones extendía las sombras por la habitación.

Un punto de luz iba a posarse sobre el peto bruñido de una armadura que el caballero tenía a su diestra, y el reflejo que de ella manaba era el único punto brillante que había en todo el austero aposento. De no ser por este arnés de guerra, reliquia de pasados tiempos, y por una panoplia llena de gumías y alfanjes tunecinos, más pudiera tenerse el aposento por la celda de algún grave religioso que por el cuarto de un caudillo insigne.

De vez en cuando bajo la mesa sonaba el herraje de un gran brasero de bronce que puesto sobre la soberbia tarima de nogal aliviaba las destemplanzas del anciano.

Aquel cuerpo rudo y fuerte que había resistido intensas heladas y desvastadores huracanes, ya no podía sufrir el aliento del Guadarrama ni la neblina del *Manzanares*.

No advertíase otro ruido que el crujir de los papeles entre las sarmentosas manos del prócer.

Oyóse el chirrido de una puerta. Alzó el viejo la cabeza y los resplandores del velón acusaron las duras facciones del Duque de Alba.

El señor don Fernando Alvarez de Toledo, como quien dice el brazo diestro de Felipe II, era hombre como de sesenta a sesenta y dos años, mostraba muy recia complexión y la rudeza de su rostro encuadraba muy bien con la severidad del aposento.

Desperezóse el lebrel bostezando estrepitosamente.

Sobre la alfombra de la contigua estancia sintióse la pesadumbre de unos callados pasos, y seguidamente, sin ruido alguno, descorrióse un magnífico tapiz que servía de cancel al aposento de S. E. y apareció un apuesto mancebo en cuyas angulosas facciones encuadradas por pulcra y sedosa barba negra acusábanse las enérgicas líneas de los Alvarez de Toledo.

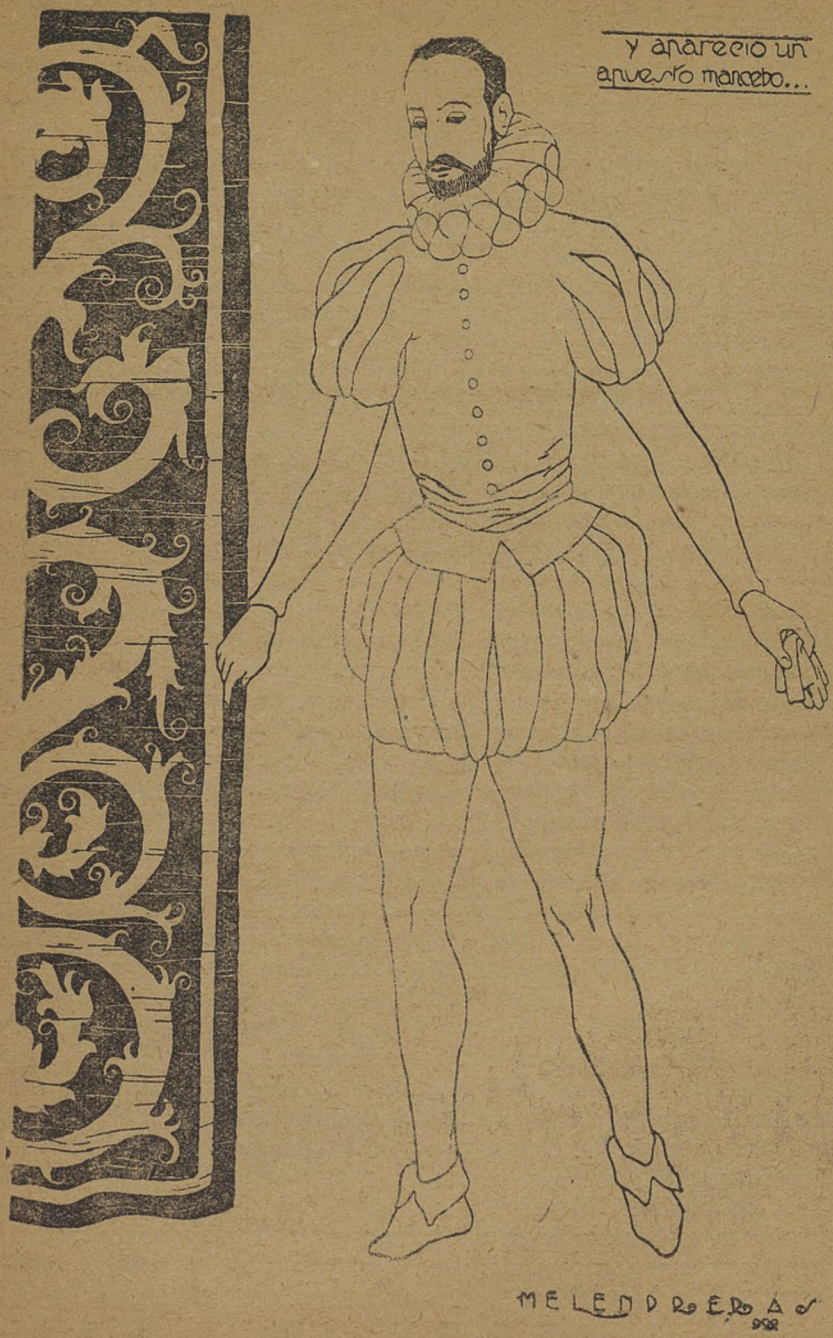
—Dios le guarde, padre y señor—dijo respetuosamente y fué a besar la diestra que el duque le tendía.

—Ya era tiempo que te dejases ver esta noche.

—Pues, ¿tan urgente es mi presencia?—preguntó el mozo.

—Mucho, que hay harto que tratar y ciertamente que poco agradable. Bien que me pesa, tanto por tratarse de tí como por quien nos ordena esta entrevista, que no es menos que el Rey.

Apartó S. E. a un lado las cartas geográficas en que sin duda


Y apareció un
apuesto mancebo...
MELENDREDA

buscaba nuevos estados que regalar a su amo y señor y se dispuso, con mucha parsimonia, a entablar plática con su primogénito.

Dijérase que el brillo de los ojos y las angulosidades del rostro acentuábanse como esas arbitrarias y maravillosas figuras que viera la calenturienta imaginación de *El Greco*.

Un criado pidió venia para entrar en el preciso instante en que la conferencia iba a comenzar. Dado que fué el permiso, dijo el fámulo como en la antecámara esperaba un correo de Alba.

Puestos en repujada bandeja de plata entregó el lacayo unos pliegos. Abrióles el duque saltando los sellos con un estilete de oro, y así como pasó la vista por ellos dejóles junto a los otros papeles diciendo a su hijo don Fadrique:

—Este capellán y estos colonos han de acabar con mis días antes que los años y los achaques: que el año es malo, que si se han perdido las viñas. Todo es lamentaciones...

Mandó al criado que esperase el correo y para que la espera se le hiciera más corta, que le diesen de cenar.

CAPITULO II

—Este lance de los locos amores en que te has complicado con doña Magdalena de Guzmán—habló el duque así como se vió a solas con su hijo—más pesares tiene de traernos de lo que imaginamos, porque es cosa en la que ha tomado cartas S. M., y ya sabes que don Felipe lleva tan a punto las buenas costumbres caseras como el gobierno de sus estados. Con esta aventura tan sin seso has venido a destruir los planes que yo acariciaba de casarte con tu prima doña María.

—Padre—repuso don Fadrique—, ciertamente que en este mal paso no me cabe otra disculpa que los arrojos de la mocedad y la notable lindeza de doña Magdalena, que aun pudo ser que sabiendo que había de traer vuestro enojo y la ira del Rey, ni tanto respeto, ni tanta autoridad fueran bastante a contenerme; demás, padre y señor, que cuando el malaventurado martelo comenzó, nada sabía yo de los proyectos que tuviérades con mi prima, ni por otra parte es ella mujer a quien yo hubiérame detenido a mirar más como a hermana. Pero, ya en mí el tiempo y el hastío han hecho lo que yo no pensé que pudiera llegar con doña Magdalena, que es serme enojosa. Ved aquí por tanto que yo soy quien os pide que me ayudéis a sortear los escollos para libarme del capricho del Rey.

A esto replicó el Duque:

—Esta mañana hallé en el Alcázar a Fray Diego de Chaves, que me puso en antecedentes de lo que de este pleito se habla en la cámara real. Doña Magdalena quejosa de tu desvío querellóse con el rey, el cual la prometió hacerla justicia como a su rango corresponde.

De un momento a otro espero ser llamado por Su Majestad, quien seguramente para castigar tu falta, si no estás dispuesto a repararla con el matrimonio, no tendrá en cuenta los servicios que mi brazo ha prestado a su corona.

—En consecuencia, padre—arguyó don Fadrique—, queréis pedirme que admita por esposa a doña Magdalena; si es así, permitidme que os responda que no es costumbre en la casa de Alba llevar mancebas al tálamo nupcial.

—¡Mozo!—exclamó el viejo caudillo, dando tan gran puñada en la mesa que hizo zozobrar cuando sobre ella había—medid las palabras y no se os olvide que en mi casa no ha de haber otra voluntad que la mía, y si la tal fuese que os caséis con la Guzmán, aunque en tomarla por vuestra os fuese la vida, habraisla de tomar sólo porque yo lo mandaba; pero en esta ocasión es empeño y conveniencia de esta casa que no sea así. Vos no habéis de casaros con otra mujer que con vuestra prima. Así se lo haré entender a Su Majestad cuando se digne llamarme.

—En todo sabéis, padre y señor, que me tenéis siempre sumiso y fiel a vuestro mandato, y mucho me complace que en este punto os parezca bien mi decisión.

—No es que me parezca bien—atajó prestamente el duque—el que os dediquéis a embaucar mujeres, y las hagáis perder la honra, pero está el naipe en que este matrimonio que quiere concertar el monarca no nos conviene, y es menester arbitrar todos los medios posibles para que no se lleve a cabo. No habrás de hacer más que obdecerme en todo y yo te fío que aunque otra cosa quiera don Felipe, habremos de salirnos triunfantes con nuestro empeño. Demás que yo no sé que pueda ser tan grande el interés de Su Majestad por doña Magdalena que mire por ella como por una hija. Ella no es ya ninguna niña y sabe muy bien el alcance que pueden tener sus actos. Tomaré consejo de Fray Diego de Chaves y ya veremos si por este camino se da de lado el regio empeño.

—Dios lo haga—replicó el mayorazgo—, pues si da en tomarlo con la testarudez que suele, muy bien puede darnos que sentir. ¿Tenéis ahora algo más que mandarme?

A que respondió el duque, ya más humano:

—Nada más, sino que todo lo dejes a mi cargo y no te pesará.

Retiróse el galán de la estancia de su padre, si tranquilo por ver que éste aprobaba su resolución, desasosegado por tener al rey de la parte contraria.

Miles de historias veníansele a la cabeza, que hablaban en modo elocuente de quién era Felipe II cuando tenía empeño en lograr una cosa, así fuese la mayor hazaña como la más infame avilantez, que junto a su gran talento político tenía un corazón de hombre egoista y vengativo.

Recordaba el suceso con la divina tuerta doña Ana de Mendoza y de la Cerda, princesa de Eboli y condesa de Mélito.

La cobarde alevosía con Escobedo, y de entre todos los hechos o fantasías el que con mayor fuerza se le representaba era la cruel persecución de Antonio Pérez, que tan tristes consecuencias había de traer al reino de Aragón...

CAPITULO III

No eran aquellas damas de la reina doña Ana como cohorte de grandeza y respeto solamente que cualquiera que no hubiere costumbre desgastar alfombras de regias antecámaras, creyera que fuesen espléndida servidumbre del rey Amor.

La austeridad de Felipe II no llegaba a tanto como a ordenar que la servidumbre de sus esposas alejara del ánimo de los cortesanos el buen gusto por el bello sexo, y así, si mucha ranciedad había en la ejecutoria de las damas, no solía faltar la hermosura en los rostros ni la bizarría en la figura.

¡Cuántos graves y encumbrados caballeros hubieron de alegrarse harto de que en este punto femenil flaqueara un tanto la rigidez del monarca y aun alguno de ellos luego de haber gustado la miel, hubo de dolerse de que el dulzor pasárale de los labios y le empalagara el corazón!

De entre todas las damas de Su Majestad, era acaso doña Magdalena de Guzmán la más bizarra y apuesta.

Por la esplendidez de su estampa, más devotos solía traer en su torno que muchos santos de los altares.

La belleza de la persona unía tan bien el agrado del trato y amenidad de su charla, que la reina distinguíala sobre todas las demás.

Parece que una tarde hubo en palacio no sé qué fiesta para festejar el arribo de una embajada extrordinaria que enviaba al católico fundador del monasterio escurialense el lejano reino de Persia y toda la grandeza de la corte desparramóse por los salones de la regia mansión.

Amor, que en toda fiesta donde hay hombres y mujeres gusta de meter su cuarto a espadas, enredando más que el diablo, anduvo por allá haciendo muy buenos y traviesos conciertos, y fué uno de los tales el de la magnífica dama y el mayorazgo de la casa de Alba.

La belleza de doña Magdalena acertó a cautivar en forma al apuesto marqués de Coria (que este título nobiliario tenía el primogénito del Terror de Flandes), que presto le tuvo por su único adorador, y con tantas veras hubieron de tomarlo entrambos, que para cuajar el martelo en matrimonio, no habían menester otra cosa que

De entre todas las damas
de su Majestad era dis
so doña Maddalena de
Guzman la mas bizarra
MELENDRERAS

la bendición de la Iglesia pues todo lo demás ya habíanlo tomado ellos por su cuenta y riesgo con mucho contentamiento.

Mas como Amor no tiene nada de callado y discreto, y de cuanto hace da, como dicen, un cuarto al pregonero, no tardó en saberse en Palacio por qué pasos andaban los amartelados, aunque en verdad pocos creían que hubieran traspasado las lindes del pecado, porque la humanidad perdió las delicias del Paraíso.

La reina llamó un día a su camarista predilecta, y díjola con muestras de alegrarse mucho, porque ya es sabido que la quería bien:

—Venid acá, hija, que os dé la enhorabuena, que ya sé lo bien que marchan los negocios de vuestro corazón con el marqués de Coria.

—Señora—respondió doña Magdalena bajando los ojos como una novicia.

A lo que replicó la soberana:

—No neguéis, que estoy muy bien enterada; ya sabéis que las personas reales tenemos muy buenos correos de gabinete. ¿O es que acaso querías ocultarlo porque aun no están muy firmes las raíces de ese cariño?

—Eso no, señora—protestó graciosamente la enamorada—, si ya es tiempo de decir la verdad, como parece, sepa Vuestra Majestad que yo quiero a don Fadrique un punto más de lo que él me quiera. Si bajé ahora los ojos y no se movió la lengua al compás del corazón, fué porque entendí que Vuetra Majestad estaría enojada por haber tenido noticias de ello por otra boca que la mía.

—Ello, ¿por qué? Estas cosas acontecen saberse siempre por referencias ajenas. Se comentan, se charlan, se sopesan las ventajas y las contras, no ya por alegrarse de aquellas y dolerse de éstas, sino por el humano afán de la murmuración, y a la postre hasta nosotros llegan, a pesar de estar a tanto nivel del suelo—prosiguió la reina, y continuó la dama:

—No piense Vuestra Majestad que yo hubiese podido permanecer mucho espacio sin comunicárselo, que para mí no hay ni puede haber suceso notable en mi vida, si no le muestro al parecer de mi reina y señora.

Agradeció la reina la fineza de su azafata, y tras las palabras de gratitud, continuó:

—Mas como sabéis que os quiero bien, se me acude un recelo, que siempre somos desconfiadas las mujeres.

—¿Y es ese recelo?—preguntó respetuosa la Guzmán, a que respondió la soberana:

—Que el amor os ciegue y no sea el marqués tan digno de vos como tenéis merecido.

Al escuchar esta duda la hermosa dama, nublóse en celosos temores, y tornó a preguntar, más con el alma que con los labios:

—Pues, ¿cómo? ¿Por acaso sabe algo Vuestra Majestad? Por quién es le suplico de rodillas si es menester, que me diga si alguna cosa sabe que no me esté bien creer de mi don Fadrique.

—No, mujer—replicó riendo bondadosamente la reina—, nada sé que pueda redundar en menosprecio de vuestro galán; ello no ha sido más de un escrúpulo de mi cariño, que todo se le hace poco para vos.

—¿Desde luego le parece bien a Vuestra Majestad el hombre que tengo elegido para dueño de mi corazón? Dígamelo, señora, sin que en vuestro pensamiento quede la más pequeña sombra de recelo—vovió a insistir la enamorada.

—No sólo me parece bien—tranquilizóla la soberana—sino que creo que aparte de la noble inclinación que desde luego doy por cierto que ha tenido este querer, es partido que os conviene mucho, y veréis cómo cuando el rey lo sepa ha de ser de la misma opinión.

Por un largo espacio prosiguieron charlando la reina y la dama, y parece que fué toda la charla que a doña Magdalena correspondía un continuo elogio de las buenas prendas de su galán.

Escuchaba doña Ana con mucha complacencia, como si fuese una bondadosa madre que se encantara con los felices proyectos de su hija.

De vez en cuando detenía la encomiástica charla de la azafata para poner al margen un buen consejo, que siempre era acertado y como sapientísimo comentario de la ciencia moral y cristiana que trae en sí el séptimo sacramento, aunque tengo para mí que en este caso era como simiente que cae fuera del surco.

CAPITULO IV

Mal compaginábanse las amorosas inquietudes de la hermosa doña Magdalena con las miras y cortesías que sobre su belleza comprometiera el primogénito del mejor general de las huestes de Felipe II.

Ella, como ya había expresado a la reina su señora, dejándose querer y siendo no nada esquiva ni zahareña a las asiduidades de su galán, habíale tomado tan dentro de su ánima, que para sacarle de tan hondo fuera menester arrancarla el corazón.

Hartos días pasaba la enamorada esperando la vuelta de su amor, que estaba en las montañas de Toledo divirtiéndose en una cacería, y en todo el tiempo que llevaba en ella (y ya iba para mucho) no dejaba de tenerle presente como si fuese la luz de sus ojos.

Mas nunca en todo este dicho compás de espera, y aunque sabía

que a diario venían a la corte correos de aquella parte, hubo alguno que fuese portador de dos letras para ella.

Miles de figuraciones extrañas, aunque ninguna de ellas tenía semejanzas de olvido, veníansele a las mientes y al corazón cada vez que miraba caer la tarde sin recibir ni la presencia ni la memoria escrita de su mancebo.

Un anochecer en que puesta ante un ventanal estaba con los ojos y el alma hincados en la lejanía, esperando al que tardaba tanto, pasó el bufón del rey, y con esa insolencia que habían estas sabandijas palatinas, exclamó, adivinando la angustia de la dama:

—¡Válame Nuestra Señora y qué de nubes entristecen este buen otoño! Como ellas den en nublar el cielo, no ha de tardar el invierno en venir duro y frío, que no habrá quién le pueda sufrir.

Nada respondió la Guzmán, que era muy comedida, y aun puede que no oyera la descortesía, pues como digo, no parecía vivir en otro mundo que el de sus angustiosos y amoriados pensamientos.

* * *

Era finales de Noviembre.

Ya el invierno había entrado con tal empuje y hosca autoridad que no parecía sino los comienzos de Enero.

La sierra vecina que desde los ventanales del Alcázar se veía, estaba bellamente coronada por la nieve, haciendo con su inmaculado reflejo pálido el celaje, blanca la tierra.

La intensa mancha verde que ya por aquellos contornos tiene ramalazos de la árida Castilla era fortísimo imán de sus melancolías.

Dijérase que todo el paisaje que a simple vista se alcanzaba era el espejo de su espíritu acongojado. En el terruño reflejábanse los suspiros, en el verdor perenne de los pinos las esperanzas y en las aguas del río el caudal de las lágrimas.

Subiendo la empinada Cuesta de la Vega, venía un pastor con sus rebaños y sus perros; junto a él un lego mendicante departía amigablemente y ayudábale a gobernar el ganado.

En ellos tuvo doña Magdalena puestos los ojos muy grande espacio, hasta que coronaron el áspero repecho y entraron en la coronada villa.

No acertábase a explicar porqué aquel sencillo cuadro traía un poco de consuelo a su ánima. Sin duda por la paz y sosiego que le componían.

Pensaba ella que aquellos hombres no habrían de tener más anhelos ni más cuidados que los que llevaban delante de los ojos; el pastor, sus ovejas y sus mastines y el lego el asnillo que precedíale cargado con las alforjas. Ahí debía finarse el mundo para ellos; ni egoismos ni ilusiones.

¡Qué dicha poder vivir con esta tranquilidad! ¡No hay pena como el amor!

La tarde caía melancólicamente; la luz comenzaba a faltar en el cielo; la poca que aun quedaba comenzaba a agonizar en los altos picos de la sierra....

Luego, su pensar mudó de orden; discurría que era aquel el más apropiado fondo para las fantásticas y milagrosas apariciones que de ordinario leía en los libros devotos.

Y estándose como estaba bien dispuesta para echar a volar la imaginación, he aquí que en un momento que puso los ojos en el jardín palatino dió un grito que lo mismo pudo arrancársele la sorpresa que el despecho...

Por una de las sendas que pasaban ante el ventanal, que era atalaya de su amorosa impaciencia, vió cruzar a su don Fadrique, departiendo muy sosegadamente con tres o cuatro cortesanos del Cuarto del Rey.

No esperaba ella como buena enamorada, que un anamorado fuese capaz de semejante desaire con su dama.

Las trazas del marqués no eran ni mucho menos de haber llegado con alguna urgente comisión y estar tratando de ella pues iba muy puesto de corte y la conversación, a juzgar por los ademanes y el tinte placentero de los rostros, no era ningún grave secreto de Estado.

Llorando lágrimas de coraje apartóse la Guzmán del potro de su tortura y fué a recogerse a su aposento, en donde el caudal de las lágrimas rompió la corriente de su pena...

CAPITULO V

La bella ultrajada luego de que recibió la ofensa del amoroso desvío entendió que a tal incivilidad no habría de responder sino con las mismas armas del desprecio.

Pero la honra ofendida que dejaba su nombre en entredicho advertíale que aquello no era cosa para andarse con melindres de celos y desvíos, sino que habría de solucionarse en forma que su decoro no padeciera.

Retiróse a sus habitaciones y tomando un plieguecillo de perfumada vitela, escribió en él estas razones para su desviado amante:

"Si lo que parece que os falta de enamorado porque ya conseguísteis lo que pretendíais, no os falta de caballero, espero de vos que vengáis a verme esta noche antes de las diez. Al pie de la escalera de damas encontraréis esperándoos a mi doncella Margarita, que os guiará hasta mi aposento, porque no quiero que de noche entréis en él por donde solíais, sino por otra parte que no conocéis.—*Magdalena.*"

Cerró la carta y entrególa a un paje que aun encontró al marqués de Coria antes de salir de Palacio.

Tomó el papel y luego que le hubo leído dijo por respuesta que estaba bien, que acaso acudiese si otra ocupación más perentoria no se atravesaba por medio.

Con lo frío de la respuesta acometiéronle a doña Magdalena tales angustias que comenzó a llorar con visos de muchas veras la muerte de su amor.

Todas las horas que dió el reloj del Alcázar hasta las diez eran recibidas y contadas por la humillada amante con las mismas congojas que si fuese la hora de la cita la postrera de su vida.

Media hora antes ya había enviado a Margarita que bajase al comienzo de la escalera de damas.

Envolvióse ésta en un grueso y amplio manto, porque la noche era fría y de muy recio viento y allá fuese a recibir al burlador de su ama.

Desierto en aquellas horas estaba el recinto.

Sonaron los cuartos para las diez.

Un zaguanete de guardias tudescas, la tropa aguerrida y veterana que acompañara al César en sus correrías por tierras que iba anexionando a la corona de España, cruzó por medio del patio y desapareció en la otra escalera que a los reales aposentos conducía.

Unos roncos ladridos turbaban la augusta quietud de la noche.

Un silbido y una voz que llamaba al can alborotador, se oyeron en seguida, y luego el jadeante respirar de un mastín y el rastrear de sus patas sobre las losas.

En el primer rellano de la escalera apareció la grotesca figura del bufón del rey trayendo sujeto por gruesa cadena un formidable mastín, que muy bien pudiérale servir de cabalgadura.

Traía en la siniestra mano una linternilla con la que enfocó de lleno el rostro de la azafata.

—¿Quién va allá?—preguntó, mas habiéndola reconocido, prosiguió su camino, no sin murmurar, mientras a desiguales zancadas bajaba el último tramo.

—¡Cuerpo de mi padre! ¡Si es la falderilla de la Guzmana, que anda de gatuperio! Y qué, ¿es paje, lacayo, cochero o galopín de las cocinas? Yo, por mí, no he de contarlo a nadie, aunque os topara cumpliendo como buenos aquello de *Creced y multiplicáos*, que dicen que mandó Cristo; puedes fiárteme como al confesor.

A este tiempo dió el perrazo un terrible tirón y allá fué toda aquella poquedad de hombre rodando los últimos escalones.

Alzóse no tan sano como quisiera y al fin, echando pestes, y despedido por la regocijada risa de la moza despareció en una revuelta que había al comienzo de la escalera.

Las diez sonaron graves y lentas.

Otro buen espacio transcurrió hasta que Margarita lograra ver ante sí al dulce enemigo de su señora.

Muy envuelto venía en los luengos embozos de una capa gris.

—Ya pensé que no venía V. E.—díjole la muchacha por vía de saludo.

—Y aún fué mucho que me determinara—respondió don Fadrique—, que con esta perra noche no sé como haya cristiano que se determine a salir fuera de su casa.

—Pues mi ama pensaba que no se haría rogar vuecelencia.

—Y ¿qué quiere vuestra ama?

En el primer rellano de la escalera apareció la grotesca figura del bufón del rey...

—Eso, ella dirá, que no pienso que los pleitos que tengáis entrambos sean para confiárselos a nadie.

Y cruzando corredores, no tardaron mucho en dar en el aposento de doña Magdalena de Guzmán.

CAPITULO VI

Tranquilo estaba el despectivo galán, que no parecía que iba a sufrir una escena de celos y reproches.

Apareció doña Magdalena y el paso de *Amor y Hastío* que se siguió fué en esta forma:

La dama encarna el papel de *Amor* y el galán el de *Hastío*.

Amor.—¡Bien venido seáis a donde ya a lo que parece perdísteis la memoria! Tanto como hicísteis por entrar en este aposento...

Hastío.—No es que memoria ni gusto perdiera de acudir aquí, sino que ya sabéis que los hombres no tenemos muchas veces la devoción de acuerdo con la obligación.

Amor.—En el tiempo que ha que regresasteis de aquella cacería, (y a lo que sé habrá para tres días) ¿no tuvísteis lugar para venir a verme, ni siquiera ocasión de enviarme un criado avisándome de vuestra llgada y de las causas que os obligaran a demorar la visita?

Hastío.—Pues confieso mi falta; no dí en ello...

Amor.—Eso es como lo que dicen de aquel herrero, que machacando machacando se le olvidó el oficio. Bien sé yo lo que es esto, aunque me estuviera mejor no saberlo.

Hastío.—Pues, si vos lo sabéis ¿para qué queréis que yo lo diga? Vos misma os dais la respuesta.

Amor.—No son reticencias lo que yo busco. Aunque harto se me alcanza que no le está bien a una mujer de mis prendas y de mi orgullo el pretender sujetar al Amor si éste da en alejarse; os he querido llamar para que por vos mismo y con toda franqueza, sin paliativo de ninguna especie, me digáis por qué motivo hacéis esto.

Hastío.—Acaso no hay más que distracción, sin mezcla de malicia alguna, sino que las mujeres sois tan suspicaces, que veis montañas en donde solo hay granos de arena.

Amor.—Por tierras de la distracción se camina a los campos del olvido.

Hastío.—Puede ser que haváis razón hasta cierto punto. Oid, Magdalena; yo quisiera que fuésemos un poco razonables y entendiéseis que no es bien proseguir por más tiempo esta situación equívoca. A los ojos del mundo somos prometidos, a los de Dios esposos y engañando a aquel y ofendiendo a Este, vamos sin sentir como quien dice laborando nuestra desventura, pues que desperdiciamos la vida deshonestamente.

Amor.—Hablad claro, que no os entiendo, aunque bien se me alcanza que ni una sola palabra debí querer escuchar de vuestros fementidos labios desde el punto y hora en que no tornásteis a mí con aquel buen amor que os apartasteis.

Hastío.—Pues la razón que os pido es que conviene que nuestro amor se acabe.

Amor.—Y, ¿vos lo decís?

Hastío.—Con la pretensión justa de que vos lo comprendáis así y miréis friamente que ello es cosa que conviene a entrambos.

Amor.—No sé, don Fadrique, cómo he tenido paciencia para escucharos sin escupiros en la cara, por infame y por rufián. ¿Queréis decir, señor mío, que yo no he sido para vos ni más ni menos que una daifa, vertedero de vuestra lujuria, a quien luego de curados los aguijonazos de la carne se arroja de sí con asco? De suerte, señor jaque alcurniado, que mi honra valió de remiendo a un jirón de la casa de Alba?

Hastío.—(Un poco confuso.) No es esto.

Amor.—Pues, bien lo parece.

Hastío.—Atended con frialdad.

Amor.—Como solo hielo hay en vuestro corazón no es mucho que recomendéis frialdad. Cuánto diera a la hora presente por haber un hermano.

Hastío.—¿Para qué?

Amor.—Para que te cruzara el rostro y paseara el escudo de tu casa atado a la cola de su caballo por todos los muladares de Castilla.

Hastío.—¡Doña Magdalena!

Amor.—¡Rufián! Salid de aquí pero no olvidéis cómo me háis robado la honra y con creces tenéis de pagármela. Antes que la casa de Alba, vino al mundo la de Guzmán.

Y yendo desenfrenadamente hacia la puerta como una loca, encendido el rostro, los ojos casi fuera de las órbitas, gritó:

—¡Margarita! ¡Margarita!

Entró la azafata al instante como si hubiese estado escuchando detrás de la puerta.

La agraviada ricahembra dijo:

—Acompaña al marqués.

El *Hastío* cruzó la estancia y salvó la puerta, harto más confuso y corrido de lo que ofrecía esperarse de su resolución.

CAPITULO VII

Grande impresión causó en el ánimo de doña Magdalena aquel paso de tragicomedia habido una noche en su mismo aposento, y según el verdadero y fiel testimonio de la doncella Margarita, salir el mar-

qués de Coria del aposento y caer la dama presa de un terrible paroxismo fué todo uno.

Más de una semana estuvo sin asistir a la cámara regia con cuya ausencia no se hallaba la soberana porque era la dama a quien más quería.

Margarita, viendo a su señora tan fuera de salud más en el alma que en el cuerpo, consolábala dándola noticias de don Fadrique y haciéndola creer que sin duda ya éste estaba pesaroso de su acción y aguardaba una circunstancia para pedir perdón por lo pasado.

La triste, como todo el que bien ama, creyólo así, y pensó que conque ella cediera de su parte y mostrárase un tanto blanda vendría todo a su antiguo y apacible cauce.

Pidió a su doncella un pliego y escribió al que huía este tierno reclamo:

"Don Fadrique de mi vida: El no estar en mí por estar sin tí y saber que acaso andas tú lo mismo, pues de finos amantes es el reñir fuerte para hacer luego más estrechas las paces, que esto de las pendencias es la salsa de los que se quieren bien, me obliga a escribirte estas líneas, con las que siendo la ofendida te brindo la paz que a entrambos ha de estarnos como de perlas. De todo punto desconozco los motivos que puedan asistirte para haber sufrido tal cambio, y casi me resigno a ignorarlos siempre a condición que tornes al cariño de tu *Magdalena*."

* * *

No mucho espacio transcurrió entre el momento que la claudicadora epístola fué escrita y el que dió en las manos de su destinatario. De tal diligencia se encargó la doncella Margarita.

Tomó el papel don Fadrique, pero contra lo que esperaba y advertido tenía la moza, no recibió respuesta alguna escrita, sino la promesa de que él ya respondería cuando hubiere lugar, que entonces no le había.

Y más de otra semana se pasó sin que el de Alba contestara cosa alguna con lo que las esperanzas de la repudiada fueron desvaneciéndose como el humo, no dejando más rastro que el buen recuerdo de los días que fueron felices.

Por otra parte aconsejábala la negra honrilla que tanto por su honor como por el injusto desprecio, no debía de tolerar aquel desaire, sino procurar enérgicamente la satisfacción ante el mismo trono si fuere preciso.

Una tarde que doña Magdalena salía de la cámara de su señora topóse de manos a boca con el galán despreciativo.

Pasaba este adelante, pero ella le llamó y ya no hubo otro remedio que acudir si no quería pasar plaza de descortés.

mó el papel
...on Fadrique...

—Me he rebajado ante vos—le dijo—, como le está bien rebajarse a toda mujer que ha puesto su honra en hombre; no he dudado por un solo instante, siendo yo la ofendida, de acudir a vos humillada diciéndoos: Señor, ya que aquello y sobre palabra de matrimonio hicísteis conmigo, pagadlo como hicísteis juramento, porque yo quede con la honra que perdí y luego, si queréis, arrinconadme en un desván. Y tened entendido que si a esto os negáis habréis de purgar mi desgracia como un crimen.

CAPITULO VIII

El esquivo don Fadrique partióse sin darle cuidado de aquella escena, porque entendía que había de ser la última del idilio, mas no pensaba de la misma manera la ofendida, y procuró no demorar más el momento de la reparación.

Puede tenerse por cosa cierta, según confesiones de la doncella Margarita, que no logró conciliar el sueño en toda la noche.

—¿No os habéis acostado?—preguntó la moza.

—No—respondió la dama—, que entretúveme en arreglar ciertos papeles que he de entregar a aquel mal caballero; cuando quise recordar ya era día claro.

—¡Ay, señora!—replicó Margarita—, y perdóneme vuecelencia este consejo por el mucho amor que la tengo, mire por sí únicamente y no cure más de ese hombre, que es de la pasta de todos y sólo procurará escarnecerla y humillarla.

—Déjate tú de ese pleito que solamente yo sé lo que me conviene y pregunta si ya está despierto el Rey—respondió doña Magdalena con más acritud de la que de ordinario solía emplear con su fidelísima sirviente, quien contestó a la orden de su ama.

—Ha rato que el Rey está en pie, pues ya es sabido que madruga antes que el sol.

—Pues arréglame un poco, que no se me advierta la mala noche pasada en vela y dame luego el manto que tengo de ver a S. M.

—Mas, ¿a tal hora, señora?—se atrevió a preguntar la doncella—. ¿No sabe vuecelencia que es a esta hora cuando el soberano trabaja solo con su secretario y no gusta de que le interrumpan?

—Aun así y todo—replicó doña Magdalena—, Felipe II tiene siempre lugar para recibirme; prevén lo que te he dicho y no opines más por tu cuenta.

Calló la oficiosa y consejera azafata que ya sabía que cuando su señora hablaba de aquella manera no había si no callar y obedecer, porque cuan buena y amable era de ordinario tornábase altiva y dominante en los pocos momentos que tenía de mal talante.

Sentóse doña Magdalena ante el tocador, y las manos expertas y finas de Margarita echaron al aire la complicada fábrica del peina-

...y las manos expertas y finas de Margarita...

do que al caer sobre los blanquísimos hombros de la señora, parecía el sol en hebras que esparcíase por las ampulosas lomas de una nevada sierra.

Recargó luego en el indumento los tonos oscuros, que eran etiqueta en aquella corte sombría, y salió de su aposento, camino de las habitaciones del dueño y señor de medio mundo.

CAPITULO IX

Acababan de dar las siete en el reloj del Alcázar.

Más de una hora había que el monarca trabajaba. Pocas veces las luces del alba sorprendieron en el lecho al hijo de Carlos I.

Como es harto sabido, no había necesidad precisa de secretarios, pues que él mismo, de su puño y letra, despachaba los reales decretos, y al margen de las causas y procesos ponía las sentencias.

Un gentil-hombre avisóle la presencia de la Guzmán.

—Hacedla pasar—mandó el monarca, sin hacer comentario alguno a tan inesperada visita.

Un instante después la dama estaba al lado del rey.

—Señor—murmuró la penitente de amor acudiendo a besarle la mano.

—¿Qué os ocurre, doña Magdalena, para que estéis tan madrugadora?—preguntó, afable, el monarca—. Esperad un instante que firme esta orden para el duque de Alba.

Al oir tal nombre, doña Magdalena sintió una sensación de frío que le corrió por todo el cuerpo, haciéndola estremecer nerviosamente. Mandóla el monarca tomar asiento junto a él, y así como hubo estampado aquella firma, señor y vasalla hablaron de esta suerte:

—Vengo a buscar el amparo de Vuestra Majestad.

—Hablad.

—Señor, hay un hombre a quien por ley humana entregué mi corazón y por credulidad en sus promesas, mi honra. El, que es mayorazgo de muy ilustre casa, habíame jurado palabra de matrimonio. Pasó el tiempo, y un día, sin que yo hubiérale exigido aún el cumplimiento de aquella promesa en que engarzados iban mi honor y buen nombre, me repudia, acogiéndose al amor de cierta pariente suya.

—Doña Magdalena, en lo que mi autoridad valga no será así, y en esta vez, antes que por vos será por la buena y honrada memoria de vuestro padre así como por el limpio decoro que deseo en mi servidumbre.

—Señor, ¿cómo agradecer a Vuestra Majestad de otra manera que besando humildemente la tierra que pisa?

—Pero os quiero advertir antes de mostrarme parte en este pleito, que habéis andado algo liviana y que no tuvísteis en mucho el

honor que venís a reclamar de mí, cuando solamente sobre palabras le dísteis.

Con mucha humildad escuchaba su merced las enérgicas palabras del rey. Pasó un largo espacio que a la dolorida debió de parecerle un siglo. Al cabo volvió a escucharse la voz de Felipe II.

—Es preciso que os caséis con don Fadrique de Toledo.

—Esa justicia, señor, es la única que vengo a implorar de Vuestra Majestad.

—Pues yo os prometo desde ahora que la tendréis. Y ahora, perdonadme, si más cosas no tenéis que pedirme, que me dejéis solo, que hoy se presenta el día harto laborioso.

Tendió la marfileña y descarnada mano hacia la Guzmán, y los carnosos y gordezuelos labios de la admirable burlada apresuráronse a estampar en la regia mano el beso de respeto y sumisión...

Un instante después había salido de la cámara real y se dirigía a sus habitaciones, con el ánimo más sosegado.

CAPITULO X

Toda aquella mañana pasóla más tranquila doña Magdalena, y con mirar en qué poderosas manos había puesto su querella, parecíale que la desgracia no era tan apretada.

Acudió como de ordinario a la cámara de la reina, y con ella hubo segunda parte de la escena habida con el rey.

No con tan pesadas razones fué amonestada por doña Ana, pero también esta señora reprendió la excesiva credulidad que la Guzmán puso en las promesas y juramentos del seductor.

Desde luego, la augusta señora se mostró conforme con lo que el rey su esposo había determinado en aquel pleito, y prometió a su doncella imponer toda su influencia para que ello se llevara a cabo con la mayor brevedad que fuese posible.

Mirándose la Guzmán con tan poderosos valedores, daba su triunfo por tan seguro como si ya se encontrara en el altar y con el esposo al lado, el manto sobre la cabeza.

Retiróse a su aposento poco después del mediodía, y a tiempo de entrar entrególe Margarita un pliego que iba cerrado con el real sello.

Abrióle con mucha presteza y hallóse con que decía:

"Doña Magdalena de Guzmán:

"Es mi voluntad, y para el mayor servicio de vuestro honor, que "os vais depositada al monasterio de la Santa Fe en la ciudad de To-"ledo, y que la partida sea hecha esta misma tarde, dos horas des-"pués de haber recibido este pliego. El duque de Feria os acom-"pañará en la jornada.

"En el dicho monasterio esperaréis hasta que yo lo disponga lo

..el viejo caudillo de las
campañas de Flandes
entraba en el Alcázar
MELENDRO E 2 A S

que resulte de vuestro pleito, que siempre será lo que más convenga para lo que os está bien y para las honestas costumbres que quiero mantener en mi casa.

Yo el Rey.

. . . . . .

Casi al mismo tiempo recibía el duque de Alba otro pliego concebido en tales términos:

"Duque: Es mi voluntad que vuestro hijo don Fadrique cumpla "a doña Magdalena de Guzmán, dama de la servidumbre de la reina, "la palabra de matrimonio que le tiene dada sobre prendas de la "honra, y que si otro compromiso tiene hecho después de este, como "parece, desde ahora le dé por nulo.

"Venid a las cuatro a decirme qué haya de esto.

Yo el Rey.

* * *

A media tarde salía del patio principal del Alcázar un coche de camino, en el que iban doña Magdalena de Guzmán, su doncella Margarita y el duque de Feria, gentilhombre de Su Majestad.

La pesada máquina, arrastrada por cuatro poderosas mulas, echó por la Vega adelante, y cruzando por la puente segoviana fuese a la de Toledo, y tomó carretera arriba, hacia la Ciudad Imperial.

A igual hora el viejo caudillo de las campañas de Flandes entraba en el Alcázar, y pocos momentos después era recibido por Felipe II en audiencia secreta.

CAPITULO XI

No hizo mucha antesala el señor don Fernando Alvarez de Toledo, pues tan pronto como el soberano hubo noticia de su llegada hízole pasar a su presencia.

—Duque—díjole apenas túvole delante—. Pésame de haberos llamado en esta ocasión, porque no es para otra cosa que obligaros a tener la autoridad necesaria dentro de vuestra misma casa, que así le están bien a la moralidad y decencia que quiero que haya dentro de la mía. Se trata de que si vuestro hijo don Fadrique tiene dada palabra de matrimonio a alguna dama, luego se la obliguéis a retirar porque la retorne a quien hubo de darla primero, que es a doña Magdalena de Guzmán, dama de la reina...

—Señor—respondió el caudillo—, nada sabía yo de esto, y ahora lo que sí bien puede creer Vuestra Majestad que me pesa en el alma; tanto por ser cosa que os ofende, como por tener yo (de muy antemano) hecho propósito de que mi hijo casara con mi sobrina doña María.

—Pues es fuerza—replicó el rey—que desde ahora mismo vayáis desechando ese pensamiento, porque se ha cruzado de por medio la dama cuyo nombre os dije y a la que es preciso satisfacer.

—Y ¿no habría medio, señor, de anular esa palabra? Tal merced sería la única que me atrevería a suplicar a Vuestra Majestad como pago de mis servicios—dijo el duque.

A que tornó a replicar el soberano:

—No le hay, porque sobre el cumplimiento de esa palabra descansan el honor y el buen nombre de una mujer, y esto ya sabéis que es cosa que yo tengo siempre decidido empeño en hacer respetar, y ved si estaré dispuesto a llevarlo adelante con todo rigor, que he mandado formar proceso por medio de una junta de la que es presidente el del Consejo de Castilla y Obispo de Avila, don Antonio de Pazos y Figueroa, Fray Dego de Chaves y Mateo Vázquez; de modo que espero que vos pongáis toda vuestra autoridad paterna en aconsejar a vuestro don Fadrique a lo que no tuvo inconveniente en prometer para lograr sus propósitos, si no es ya que él y vos queréis que esta causa tenga un desagradable final.

—Señor...

—¿Me lo prometéis?

—Yo me atrevo a rogar a Vuestra Majestad que deponga esa decisión. Acaso estos amores, aunque más allá hayan ido de las fronteras de la honestidad, no fueran antes de comenzados, por lo que toca a la dama, todo lo puros que es de desear en una mujer que se destina a esposa—habló con entereza el de Alba.

A que respondió don Felipe:

—Por lo menos, la fama de ella honesta era, y a esto no más tengo de mirar. Bajo palabra de honor habréis de prometerme que no continuaréis las negociaciones de matrimonio de don Fadrique y vuestra sobrina.

Tal entereza puso el rey en estas palabras, y tal gesto al pronunciarlas, que el rudo soldado no pudo sufrir el peso de la mirada regia, y bajando los ojos al suelo exclamó:

—Lo prometo, señor.

—Bien sé que lo cumpliréis—comentó el rey, y variando de conversación y de tono, prosiguió:

—Los negocios de Flandes van cada día más desordenados y levantiscos, y para que en aquella parte no se resienta mi poderío, se ha menester de un brazo tan fuerte como el vuestro. Estad prevenido, pues brevemente habréis de partiros para allá nuevamente, y mirad, duque, que hais de tener mano de hierro. Pero, en fin, ya hablaremos de esto en otra ocasión, quizás mañana; por hoy tened presente sólo el caso porque os he llamado. Vuestro mayorazgo don Fadrique no habrá de casarse con otra mujer que con doña Magdalena de Guzmán cuya honra tiene en rehenes.

Dobló la rodilla
don Fernando...

Levantóse del amplio sitial que ocupaba y con ello dió la audiencia por terminada.

Dobló la rodilla don Fernando, y tras de besar la diestra de Su Majestad, salió de la estancia.

CAPITULO XII

Ni los saludos de las guardias, que con los regatones de las picas reciamente golpeadas contra el pavimento marcaban la presencia del duque, eran bastante a distraerle de las amargas ideas con que llevaba embargado el pensamiento.

Entró en la litera que al pie de la escalera le aguardaba, y diciendo: "A casa", metióse dentro con el humor más negro que la conciencia del rey.

En la misma puerta de su casa salióle al paso un soldado inútil que, alegando haber servido a sus órdenes en otro tiempo, pidióle una limosna; arrojóle una moneda de plata y entró en el zaguán diciendo para sí:

"—Quién fuera él; su propia miseria le hace libre. No tiene conveniencias que guardar ni autoridades que sufrir. Su patria es el mundo y Dios su soberano. Las cuentas que haya de rendirle allá se verán al cabo de su vida."

Así como llegó a su vivienda encerróse y en todo lo que restaba de la tarde salió de su aposento.

Harto tenía que violentarse el altivo viejo para no echarlo *todo a doce* y decirle al señor de dos mundos:

—Estos son negocios de familia; cure Vuestra Majestad de atender a la suya y déjeme a mí el cuidado y conservación de la mía.

CAPITULO XIII

En la severa estancia no se oía más que la voz grave y recia del duque; don Fadrique limitábase a escuchar en silencio:

—El rey—decía el viejo—está enteramente de parte de la Guzmán y no sé por qué extraño interés pone testarudo empeño en que vuestro amancebamiento cuaje en boda. Dice que para otro cualquiera matrimonio no te da licencia. A pesar de que le he prometido que así sería, mi voluntad es muy otra y es necesario darse maña para desobedecer este mandato. Influencias y prestigios no me faltan gracias a Dios; y aunque dice haber puesto el pleito en manos de un tribunal especial, creo que de él podemos salir adelante sin que el rey se salga con la suya. Así es que lo primero que habrás de hacer en cuanto Dios amanezca, es dejar la Corte y partir para nuestra casa de Alba de Tormes, en donde estarás hasta que yo te avise. Venga lo que viniere de doña Magdalena, tú lo dejarás sin

responder. Tampocó por ahora has de dar paso alguno en favor de la boda con tu prima, y ni aun a las mismas personas de la familia darás satisfacción de esto si hubieren la curiosidad de venir a preguntarte. Yo te fío que si el rey no se hubiera adelantado a recluir a la Guzmán en un monasterio, yo la hubiese obligado a desaparecer de Madrid de modo tan secreto que no hubiese forma de dar con ella. No salgas de esta habitación hasta rayar el día y no te acuerdes de que hay rey que está sobre mí.

CAPITULO XIV

Obra de seis años llevaba doña Magdalena de Guzmán recluída en el monasterio de la Santa Fe, de la ciudad de Toledo, y en todo este espacio de tiempo nada había determinado el rey en el voluminoso proceso de sus fallidos amores.

Empleada España entera y las atenciones del monarca en los negocios de Flandes, no había tenido Su Majestad tiempo ni humor para tornar la vista a cosas de tan poca monta como remendar un matrimonio.

Impaciente la rica y olvidada hembra, y como el preso que sólo sueña con el día lejano de su libertad, no dejaba de escribir al rey, excitándole para que don Fadrique de Toledo cumpliese la palabra que de esposa le tenía dada, y con ella viniera a restituirle la honra.

Las cartas de doña Magdalena quedaban todas sin respuesta, aunque habíalas tan lastimosas y tiernas que a otro que no fuera aquel rey impenetrable y disimulado hubiéranle movido a dar algún consuelo o esperanza.

Ya un día parece que la reina (que como se sabe quería muy bien a la dama), interesóse porque su esposo volviera a insistir al hastiado galán, pero éste, en un momento de mal aconsejado orgullo, respondió que nunca la casa de Alba había admitido por esposas las que primero tuvo por mancebas, que fué aquella misma respuesta que diera a su padre cuando por primera vez se habló de los propósitos del soberano. Enojóse éste sobremanera, y puso preso al insolente marqués en el castillo de Tordesillas.

Mientras, la junta creada para entender en este negocio, consultaba sus acuerdos con don Felipe, pero el tiempo se perdía y las partes de él casi estaban por darse a partido; doña Magdalena a renunciar a la boda y don Fadrique a consentir en ella, mas de pronto todo lo embrolló el diablo más de lo que estaba.

Hallábase cierta mañana en su despacho el presidente de esta causa don Antonio de Pazos y Figueroa cuando sin pedir licencia entróse impetuosamente en el aposento el duque de Alba, y sin saludar apenas a Su Ilustrísima, le habló con tan descompuestas palabras como las que van en los siguientes renglones:

—Duéleme, señor don Antonio, que malgastéis el tiempo con tan poco fruto en la causa que seguís contra mi hijo.

—Pues ¿cómo así os atrevéis a discutir las determinaciones de Su Majestad?—preguntóle con toda energía el presidente-prelado.

A que respondió el de Aba:

—Porque nada habrá de lograrse, y todo será perder el tiempo y gastar papel. Poco puede alcanzarse ya, porque mi hijo ha celebrado sus bodas con mi sobrina doña María de Toledo.

—¿Y con qué consentimiento?—preguntó el obispo-consejero.

—Con una cédula real—replicó el duque—por la que se le alza el pleito-homenaje que tenía de no casarse sino con licencia expresa del monarca.

—Si es así—exclamó confuso Su Ilustrísima—nada tengo que deciros por ahora pero eso es muy extraño y ya os responderé en su día.

Cuando fué consultado el rey sobre este particular no respondió con franqueza. Siguiendo su costumbre solapada, tuvo palabras ambiguas. Dijo que en tiempo oportuno declararía lo que hubiere de cierto, pero que por entonces continuara su curso el proceso.

—Vos, presidente—exclamó—, no creáis ni entendáis en otras cosas que aquellas y en aquellas que yo ordene.

* * *

Secretamente no cesaban las averiguaciones de si el marqués de Coria estaba casado o no con su prima doña María.

El rey, sin decir si había concedido la tal cédula, dejaba que la junta siguiese adelante con el proceso, y en tanto desesperábase y marchitábase en reclusión doña Magdalena de Guzmán.

Don Fadrique, entendiendo que el monarca no daba grande importancia a su encierro, como más que como preso estaba en el castillo como huésped del alcaide, el primer día que halló ocasión propicia se puso en libertad, yendo a buscar asilo en la casa de su padre.

No tardó en conocerse la nueva en Palacio. El rey juzgó burlada su autoridad y desde el primer instante pensó en tomar venganza.

Aquella misma noche, que era la del 10 de Enero de 1579, el secretario de Estado don Martín Gaztelu, personóse en casa del viejo caudillo en Flandes. Los manteles estaban puestos y el prócer y los suyos disponíanse para sentarse a la mesa.

Así como el enviado del Rey hallóse ante Su Excelencia, le emplazó para que en término de cuatro días saliese de Madrid desterrado a la villa de Uceda, de la que no habría de salir sin su licencia y mandado, bajo graves penas.

El duque, que de suyo era altanero y levantisco a pesar de que tan a sangre y fuego solía hacer respetar a los rebeldes la voluntad

—Decid a su Majestad respondió altaneramente el azotador de los Países Bajos...

del rey su amo, trató al pronto de eludir el mandato pretextando hallarse enfermo de gota, mas el secretario le atajó en tono amistoso:

—Obedezca vuecencia y todo se allanará, pues ya sabe que no es el rey hombre que sufra réplicas. En cuanto a vuestro hijo—prosiguió dirigiéndose al marqués de Coria—algo más dura es la decisión que me manda tomar Su Majestad. Desde este momento queda detenido, y al amanecer saldrá en un coche de camino para el castillo de la Mota, en Medina del Campo, en el cual quedará incomunicado y con mayores seguridades que la vez pasada. Asimismo dispone que se constituyan en prisión cuantos en esta casa tuvieran conocimiento de la llegada de don Fadrique, y más que todos, vuestros íntimos don Esteban Ibarra y don Francisco Albornoz.

—Decid a Su Majestad—respondió altaneramente el azotador de los Países Bajos—que con tanta pleitesía y respeto acojo su mandato, que no ya consiento en los cuatro días que me da de término para extrañarme de la Corte, sino que esta misma noche, y al tiempo que mi hijo, saldremos la duquesa y yo para Uceda. Un Dios hay en el cielo que nos juzgará a todos.

* * *

A punto de amanecer pararon dos coches de camino en la puerta de la casa de Alba. Un piquete de soldados de la *Lancilla* servía de escolta a cada uno.

Salió primero el que partía hacia Medina del Campo. En seguida tomó el otro su ruta.

Triste y desconsolador trance era aquel para el terrible caudillo.

CAPITULO XV

Como rosa de invierno que cada día pierde un aroma y un matiz, iba doña Magdalena de Guzmán perdiendo los encantos de su juventud y el anhelo de sus esperanzas en los claustros del monasterio de la Santa Fe.

Ya comenzaba a ver claro que nunca se casaría con el verdugo de su honra, y ansiaba cuando menos recobrar la libertad perdida. En este sentido escribió varias cartas al prelado presidente de aquella famosa junta, quien la respondió que así como haría bien en renunciar al matrimonio, no mostraría menos cordura en abrazar la vida monástica pues que ya no podría volver a Palacio, porque *estaba vieja para dama y muy moza para dueña.*

El rey fué de esta misma opinión, y dispuso que la mártir de amor, ya que no encontró esposo en la tierra, lo hallaría en el cielo, que Cristo es marido complaciente, y no para en que sus esposas estén enteras o empezadas.

EPILOGO

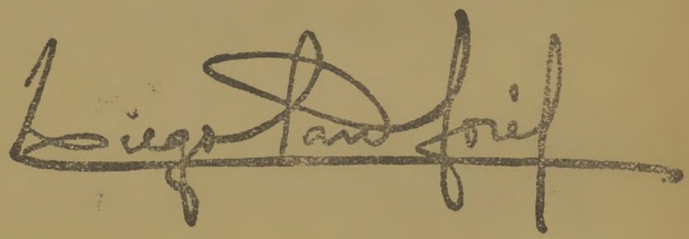
De tan triste y oscura manera finaron aquellos ardientes amores.

Un día no lejano hubo menester de la espada del duque de Alba y como buen egoísta no tuvo inconveniente en acudir a ella. Portugal alborotaba enredor del místico y romántico rey don Sebastián, desparecido en los morunos campos de Alcazarquivir, y había que prevenir una mano recia que le sellara la boca y le domara las energías. ¿Quién mejor que la que estaba a punto de acabar con Flandes?

Como buen vasallo que era Su Excelencia, y esclavo ante todo de sus deberes miltares, apenas recibió la orden de partir se puso en camino. Entendió asimismo que allí finaba la pena de destierro que con tanto rigor le fué conminada, y al dirigirse a Extremadura para pasar a Portugal, quiso pasar por la corte para saludar al monarca, pero cuando ya faltábale poco espacio para entrar en la coronada villa, recibió una orden de aquél recordándole que estaba proscripto de los sitios reales, y que por tanto retrocediera en su camino.

—Bien está—respondió el duque—. El rey me envía encadenado a conquistarle reinos.

Con las victorias allí conseguidas, de que tan satisfecho se mostró Felipe II, se da fin a este cuento histórico, que comenzó el Amor y acabó el Hastío.



PRENSA POPULAR. - Calvo Asensio, 3. - Madrid. - Apartado 8.008

Suaviza el cutis
Alcoholato
Lo mejor para fricción
Alcoholera.--Carmen, 10

Treinta años. A esta edad, si no ha salido, pronto saldrá la primera cana: no debéis descuidaros. Usad en seguida el **agua La Flor de Oro** y evitaréis las canas, la caspa y la caida del cabello, conservándolo abundante y hermoso como en la edad juvenil.—Se vende en perfumerías y droguerías.

La novela TEATRAL
publica á mañana don ingo el juguete cómico en dos actos
EL POBRE RICO
original de
ANTONIO PASO y JOSE ROSALES 20 cts.

LA NOVELA TEATRAL

Sumario de obras publicadas en La novela TEATRAL

Galdós.-49. Electra.-53. Doña Perfecta. - 58 La loca de la casa.-62. Realidad.-82. La de San Quintín.-**Sor Simona.

Benavente. - 9. Todos somos unos.-102. La copa encantada. - 107. El marido de su viuda. - 229. Más fuerte que el amor.-239. La princesa Bebe. - 233 El dragón de fuego.-259. La ciudad alegre y confiada.-261. La gata de Angora.-263. La losa de los sueños.

Quintero. -66. Doña Clarines. - 71. El patio, 75. La escondida senda. - 88. El niño prodigio.-**Pepita Reyes.-256. El centenario. 257. La Zagala.-284. El género ínfimo.

Guimerá.-113. María Rosa. - 114. Tierra baja.-196. Agua que corre.

Linares Rivas.-16. El cardenal.-99. La cizaña.-101. Bodas de plata.-241. Cristobalón. - 246. Toninadas. - 250. Flor de los Pazos. - 287. Sangre roja.-292. La razón de la sinrazón... - 296. - Añoranzas.

Martínez Sierra.- 29. Primavera en otoño. -**El ama de la casa.

Tamayo y Baus.-136. Un drama nuevo.-209-La bola de nieve.-186. Lances de honor.-149. La locura de amor.-177. Lo positivo.- 214. Virginia.

Dicenta.-6. El Lobo. - 14. Sobrevivirse. - 24. El señor Feudal.-38. El crimen de ayer.-60. Daniel.-69. Amor de artistas.- 77. Aurora. - 92. Luciano.-**Juan José.

Zorrilla.- 188. El alcalde Ronquillo. - 130. El Zapatero y el Rey.-131. Sancho García.-148. El puñal del Godo.-171. La mejor razón la espada. 234. El Zapatero y el Rey (1.ª parte).

Villaespesa.- 10. El Rey galaor. - 23. Aben-Humeya. - 37. Doña María de Padilla. - 65. La leona de Castilla.-217. El Halconero.-**El Alcázar de las Perlas.-28. La Gioconda.

Marquina.-154. En Flandes se ha puesto el sol.-182. Doña María la Brava. - 201. El retablo de Agrellano.-222-Las hijas del Cid.-195. El Rey trovador.

Ramos Carrión. - 84. El noveno mandamiento.-86. La tempestad.-95. La Bruja.-155. La muela del juicio.-104. El bigote rubio.-106. Los sobrinos del capitán Grant. - 179. Mi cara mitad.-123. Los señoritos.-213. La criatura.-90. La Marsellesa. - 271. Agua, azucarillos y aguardiente.

Vital Aza.-32. Francfort. - 33. La Rebotica.-36. Ciencias exactas.-39. La Praviana. - 45. Parada y fonda.- 50 Tiquis Miquis.-63. La sala de armas.-157. Las codornices.- 137. El sueño dorado.-125. El matrimonio interino.-225. Llovido del cielo.-197. El señor cura -131. El sombrero de copa.-219. Con la música a otra parte.-191. El afinador.-200. Perecito.

Ramos Carrión-Vital Aza.—147. El señor gobernador -119 Zaragüeta.—183. Robo en despoblado.-151 El padrón municipal.-110. El oso muerto.-132. La ocasión la pintan calva-118 El rey que rabió.

Echegaray (Miguel).-44. La viejecita. - 50. Gigantes y cabezudos. - 76. El dúo de la Africana. - 91. La Rabalera. - 115. Los demonios en el cuerpo.-178. La Credencial.- 163. Los Hugonotes.-120. Entre parientes.- 111. El octavo, no mentir -303. Juegos malabares.-305. Meterse a redentor.-307. La monja descalza.

Arniches.-2. La sobrina del cura.-11. La casa de Quirós.-19. Las estrellas. - 20. Doloretes. -21. La señorita de Trévelez. - 43. La gentuza. -67. La noche de Reyes. 282. La chica del gato.-283. La heroica Villa.- 285. Es mi hombre. - 286. La pobre niña.-289. Los caciques. - 298. La hora mala.-302. ¡Que viene mi marido!

Arniches-García Alvarez. - 15. Alma de Dios. - 17. El pobre Valbuena. - 70. El terrible Perez. - 78. El fresco de Goya. - 83. El método Górritz.-87. El cuarteto Pons.-97. Mi papá.-124. El pollo Tejada.-128. El perro chico.-106. Gente menuda.-122. El príncipe Casto.

García Alvarez--Muñoz Seca.—8. El ver-

dugo de Sevilla.-12. Fúcar XXI. 34. La frescura de Lafuente.-51. El último Bravo.-56. Los cuatro Robinsones.-64. Pastor y Borrego.

Muñoz Seca.-270. La plancha de marquesa. - 273. La verdad de la mentira. - 275. Los pergaminos.-276. La razón de la locura.-278. La cartera del muerto.-280. El Condado de Mairena.-141. La barba de Carrillo -193. Faustina.-288. Los misterios de Laguardia. - 291. El último pecado.

Muñoz Seca-Pérez Fernández. - 267. Pepe Conde o El mentir de las estrellas. - 268. La fórmula 3 K3. -7[illegible]. Trampa y cartón.-27. López de Coria.-187. Los amigos del alma.-254. Un drama de Calderón.-260. Martingalas.- 252. Trianerías.-253. La hora del reparto.-255. El parque de Sevilla.

Paso-Abati.---13. El río de oro.-40. El gran tacaño.-116. La Divina Providencia. - 206. Los perros de presa.

Perrin - Palacios.-74. La Corte de Faraón. 80. La manta zamorana.-84. Pedro Giménez. - 89. La Generala.-93. Pepe Gallardo.-109. El Húsar de la Guardia.-142. Enseñanza libre.- 218. Ceatamen Nacional. -194. Cuadros disolventes.-150. La tierra del Sol.-225. Las mujeres de don Juan. - 146. El País de las Hadas - 249 Cinematógrafo Nacional.

COMEDIAS

1. Treta de blancas.-3. El místico.-4. Los semidioses.-5. Las cacatuas.-18. El nombre que asesina 25. La eterna víctima.-26. Jimmy Samson.-31. El misterio del cuarto amarillo -35. Primerose.-38. Raffles.-41. Mirandolina.-42. Genio y figura.-47. Petit-Café.-48. Los Noveleros. 54. La Tizona.-55. Miquette y su mamá.-57. Los gemelos.-98. La cena de las burlas -100. Franz Hallers.-103. La Tosca.-108. La tía de Carlos.-112. Fedora.-117. El oscuro dominio —121 -Los gansos del Capitolio.-129. El director general.-133. ¡Tocino del cielo!-134. Militares y paisanos.-135. Muérete ¡y verás!-139. Jarabe de pico.-140. Papá Lebonnard.-143. El Revisor.-144. Blasco Jimeno.-145 El crimen de la calle de Leganitos.-146. Lo que ha de ser.-152. Don Francisco de Quevedo.-153. La Ciclón.-156. El amor vela. - 160. La señorita del almacén.-164. El Ladrón. - 166. La pesca del millón. 167. El señor Duque. - 169. El Gobernador de Urbequieta. -173. Jettatore. - 180. Situaciones cómicas en el teatro español. - 181. El tenor. - 185. El primer rorro. -189. La casa de los milagros.-190. El duelo. -192. Los amantes de Teruel.-198. La Canastilla.- 199. Marcela, o ¿A cuál de los tres? 203. La historia del Don Juan Tenorio.-207. Un negocio de oro.-208. También la corregidora es guapa. 210. Mister Beverley.-212. La dama de las camelias.-215: Hamlet.-216. La caracterización y las morcillas 220: Los piropos.-221. El Gavilán. -224. Esclavitud - 226. Las vírgenes locas.-227. El soldado de San Marcial.-228, Judith.-230. El pelo de la dehesa.-231. El Corral de la Pacheca. 232. Envejecer.-237. El puesto de antiquités de Baldomero Pagés.-238. Don Gil de las Calzas verdes.-240. El arte de declamar.-242 Zazá.-243. La casa de la Troya. 244. Juventud de príncipe. 245. El mayor monstruo, los celos.-247. Magda.-248. La moza de cántaro.-251. A secreto agravio, secreta venganza.-264 Mi salvador. -269. La Tierra. - 272. La República de la broma.-279. Gerineldo.-293. Los pollos bien.-299. La clave de sol.-300. Frutería de Frutos.-304. ¡Que no lo sepa Fernanda!-306. Alfonso XII, 13.-309. Santa Isabel de Ceres.-309. La luna de la Sierra.-310. ¡Si fué don Juan andaluz!... 311. Margarita la Tanagra.-313. Constantino Pla. 315. Mi marido se aburre.

ZARZUELAS

7. Charito la Samaritana.-22. Serafina la Rubiales.-48. La alegría de la huerta.-52. La marcha de Cádiz.-61. El chico del cafetín.-68. Los cadetes de la reina.--72. La Tempranica.--79. El niño judío.-84. El padrino de «El Nene».--85. La balsa de aceite.--96. El señor Joaquín.-127. Tonadillas españolas.-158. Cantables célebres de zarzuelas.-159. Ninón.-161. Los pendientes de la Tía. 162. Pancho Virondo.-165. La boda de Cayetana.-168. Las Corsarias.-170. La Chicharra.-172. El rido del principal.—174. La Madrina.-175. Chistes célebres de comedias.-176- La suerte de Saltieno.-184. La tragedia de Laviña.-202: La canción del olvido.- 205. El As - 204. La suerte perra 211. Tonadillas españolas (2.ª parte).-236. El Príncipe Carnaval.-235. Don Lucas del Cigarral 258. La novelera.-262, Matías López. -265. Tonadillas y tonadilleras españolas (3.ª parte.)-266. Tonadillas y tonadilleras españolas (4.ª parte.)-274. Tonadillas y tonadilleras españolas (5.ª parte.)-277. El chaleco blanco.-281.-La Hoja de Parra.-290. El Avapiés.-294. Chiribitas -295. Tonadillas y tonadilleras españolas (6.ª parte.)-297. La cartujana.-301. El corto de genio.-312. Arco Iris. 314. El gran Bajá.

Número atrasado: 10 cts. sobre el precio que marca el ejemplar

(**) Las obras señaladas con dos asteriscos han sido publicadas en LA NOVELA CORTA

LINARES RIVAS

También hemos puesto a la venta las célebres obras

LA GARRA.-LA FUERZA DEL MAL.-FANTASMAS.-LA RAZA.-COMO BUITRES. LA ESPUMA DEL CHAMPAGNE.-AIRE DE FUERA.-EL ABOLENGO.-NIDO DE AGUILAS.-LA ESTIRPE DE JUPITER. MARIA VICTORIA.-EN CUARTO CRECIENTE.-COMO HORMIGAS

PRECIO DE CADA TOMO: 3 PESETAS

Pídanse a libreros, a nuestros Corresponsales y a esta Administración, Madrid, Calvo Asensio, 3